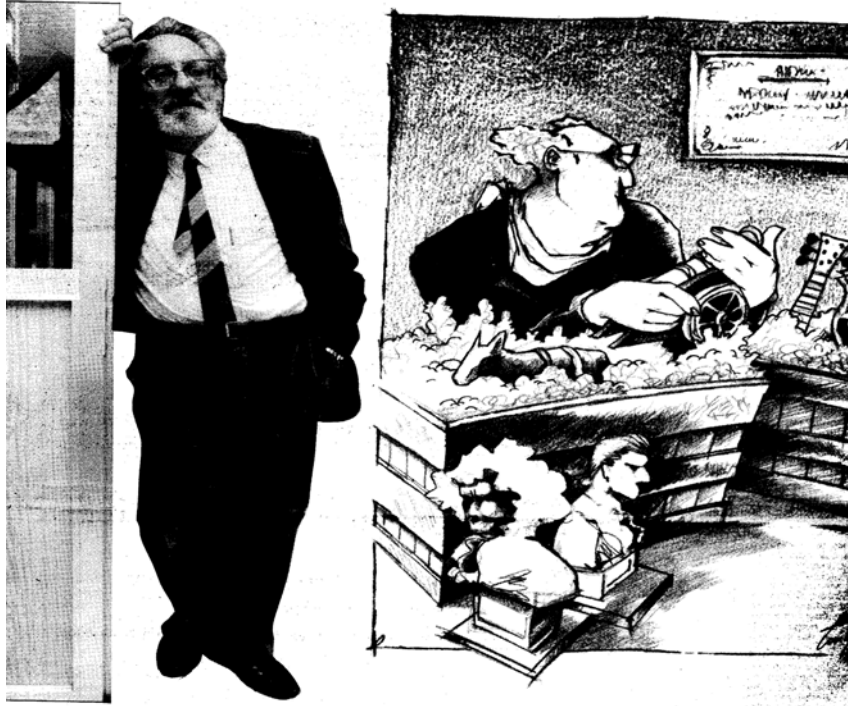


Souvenirs

Antonio Pereira



ANTONIO Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) ha tocado géneros literarios como la poesía y la novela, pero sin duda es en la narración corta donde ha alcanzado unos niveles de calidad que, sin desmerecer el resto de su obra, le convierten en uno de los mejores cuentistas españoles de la actualidad. Ya en 1960 obtuvo el premio 'Leopoldo Alas' y este año que está a punto de marcharse, con su última obra, *El síndrome de Estocolmo*, ha sido galardonado con el 'Fastenrath' de la Real Academia Española de la Lengua. Su próximo esfuerzo aparecerá en la mítica colección 'Austral', de Espasa Calpe, con el título de *Cuentos para lectores cómplices*; recopila y revisa relatos de otros dos libros agotados o escasamente distribuidos, *Los brazos de la i griega* y *El ingeniero Balboa* y otras historias civiles, junto a piezas que él mismo califica de "varia (y dudosa) lección". Ricardo Gullón escribe en el prólogo de esta edición que Pereira ha logrado "dominar el

arte de la narración breve con una destreza no inferior a la de sus coetáneos mejores". Sirva de muestra '*Souvenirs*', un relato de mar y objetos, donde aparece una de las constantes de *Cuentos para lectores cómplices* y de Pereira, el arte de barajar la Lengua.

«12 pilas petaca, 25 ídem tubulares, 25 lámparas medio opal

-Qué difícil es todo. No aprenderemos nunca.

-Aprenderemos.

El hombre leía en el papel largo y amarillo que estaba sobre un cajón, contaba varias veces las piezas, luego ponía una cruz. Pronunciaba con dificultad. Al principio, para cada partida, solía ensayar la traducción a su idioma, pero comprendió que aquel esfuerzo no llevaría a ningún fin. Que tendrían que acostumbrarse decir pilas, lám-pa-ras.

-¿Te das cuenta, María?, esto es el comprobador

-Sí, Esteban, el...

En el local cerrado, la mujer tuvo que levantar la voz. Se llevó las manos a los oídos mientras por las ondulaciones de la puerta metálica pasaba, como todas las noches, un bastón, un palo, no se podía saber. Se aplicaba el comprobador a las pilas y saltaba la luz. El suceso dio al hombre y a la mujer el triunfo, la confirmación de que habían comprado cosas que de verdad valían, de que todo aquello era más que un juego. Ella su infancia con nieve, Alex, Josip, Milocha: vosotros venís a comprar, yo peso las cosas en la balanza y os las envuelvo en el periódico, luego me pagáis con piedrecitas pequeñas y limpias, cada piedrecita es un dinar.

El hombre siguió inclinándose sobre las cajas tanteando con las manos entre la viruta. A veces los objetos se defendían apretados y había que arrancarlos con decisión, pero siempre estaban al cuidado de las otras

manos, femeninas y tiernas como si recogieran criaturas sensibles. Qué sorprendente cada nueva partida, y ahora venían grandes bolsos de plástico para cada signo del zodiaco, Buscaron el Géminis y el Capricornio, todas las predicciones anunciaban venturas, claro, los bolsos eran para la venta. Luego salieron otros que traían grandes letras como movidas por la brisa: Mallorca, Cadaqués, Marbella.

-Fíjate -habló ella-, son nombres con sol, alegres.

-Lo alegre es ser libre -murmuró el hombre. Hablaban en su idioma. Si callaban, sentían afuera, a través de la puerta de chapa, lo esquinado y hostil de las palabras que no se entienden, frases sueltas, desflecadas, rotas- y a lo mejor eran tan simples como catarro, o llueve, o esta noche se lo digo sin falta.

Mallorca, Sitges, empezaron a repetirse los lugares, se derramaban, inundaban el damero reciente y pulido del pavimento.

-Ya no hay sitio en el suelo.

-Debemos montar las estanterías.

Era como un mecánico. Bastaba con un martillo, unos alicates, casi nada. Todo engranaba con exactitud, las baldas a la altura deseada, separadores de vidrio, los porta precios de aluminio, las cantoneras de remate. Y como final, el copete que se iluminaba, y en efecto se iluminó, otra vez la puntualidad de la luz y se veía que no los habían engañado.

Se pararon a contemplar la obra. La pieza larga y estrecha había cambiado con los anuncios que en la sangre de los novicios ponían una impaciencia temerosa. Pero en medio de todo, por encima de todo, brillaba el pequeño marco con la licencia. Lo miraban una vez más, ellos sabían mucho de esperar un papel, esperar, esperar, y la intolerable prisa del corazón cuando un dios cruel detrás de su mesa levantaba la mano y en la mano la estampilla de caucho, carné, ración, permiso, salvoconducto, visado

-¿Crees que estará, todo en regla? ¿Absolutamente en regla?

-Claro. Esteban. Por qué no vamos a tener confianza.

Tenían los estantes y volvieron con animación a desventar los bultos

grandes, corbatas, espadas de Toledo con pedrería, cremas para la piel, papel de cartas, cada partida era una cruz junto a un renglón y así se iba haciendo más fácil el problema, aprendían que en las dudas vale más apartar lo difícil, como se deja una columna del crucigrama y a la próxima pasada tenemos regalada la clave. Gitanas con guitarras, gitanas con clavel, gitanas con castañuelas. Y, de repente un cambio, ahora todo lo que salí era de Myrurgia. Myrurgia. Myrurgia.

-Algún día compraremos cada artículo a su fabricante- decidió el hombre.

La mujer indagaba en una cajita de cartón suave, con cuidado, volvería a envolverlo como venía. Pero el encuentro con el cristal lujoso la turbó y el frasco escapó de las manos para deshacerse contra el suelo.

-Olvídalo- EL hombre se había vuelto en la pequeña escalera de mano- Quien sabe si nos traerá buena suerte.

La mujer puso un tiento exagerado en la tarea de desembalar, casi un temblor. Dieron en salir cabezas de apariencia sólida, cabezas memorables pero frágiles. Chopin, Wagner, Mozart, Beethoven, cada uno en su pedestal, tan firmes en su reputación y ahora una inquietud, un riesgo que la mujer iba salvando desde la caja al estante mientras el hombre punteaba 1 Chopin, 1 Wagner, 1 Mozart, 2 Beethoven, las estadísticas (según el viajante) aseguraban que Beethoven se vende el doble que sus compañeros de colección. Después de las cabezas, vino la música misma, un cenicero con melodía, un cañón con transistor.

-Los cañones son simpáticos, yo no los veo amenazadores.

-Todo lo excesivo es insignificante- respondió el hombre como si recitara lo dicho ya por otro-. Peor es una pistola.

-O esto- palideció la voz de la mujer. Sus manos se crisparon sobre una metralleta, aunque se veía que era un juguete. El hombre se la quitó en silencio.

Panoplias, trabucos.

Y de pronto, termómetros, termómetros-guitarra, termómetros-llave

de portón, termómetros-vieja diligencia, todos con el mercurio a nivel distinto como puñado de relojes desafinando en una relojería. Pero aun el que menos marcaba, marcaba mucho. La mujer, como si hubiera necesitado aquella evidencia se quitó alguna ropa. Pasó cerca del hombre y éste la alcanzó con su mano nervuda, la atrajo hacia sí y la retuvo. El expositor de las postales se echó a girar. Primero un abrazo rápido, luego se soltaron, luego se juntaron otra vez con menos fuerza y más sabiduría. Sabían que la chispa podía encenderse *ahora mismo, pero también que podrían seguir* enlazados sin otra consecuencia que la ternura creciente, fruto de madurez. Se detuvo el expositor de las postales.

Fue una invasión de burritos de peluche, botas para el vino con vivas y desplantes grabados sobre el cuero, panderetas, panderetillas, abanicos surtidos, y detrás como en una orquesta el bando del metal con los cenacheros plateados, los gallos, para qué tantos gallos de estaño y cobre, los quijotes sueltos y los quijotes con su sancho. Salieron cuadros, óleos andaluces y entre ellos, un caserío vasco. Ya eran pocas lagunas. Pareja Benemérita, extra, tamaño 3.

Los últimos en entregarse fueron los ponchos. Eran de leacril. En cada prenda dominaba un color. Los colocaron a capricho y la mujer dijo con voz excitada:

-Fíjate, hacen nuestra bandera.

El hombre cambió el orden de los ponchos.

-Nosotros no tenemos bandera.

En la costa amanece pronto. A las nueve había que abrir